

La economía: la mano invisible y los vicios públicos

Víctor Carranza *

Resumen

La mayoría de nuestros economistas afirman que somos ya un país occidental y moderno lo que intentan es convencernos, de una manera que no nos es consistentemente explicada, que la sociedad peruana se habría empoderado en el marco del capitalismo liberal reforzando esta posición en un Estado-nacional y en la razón positivista de la ciencia.

En el presente texto afirmamos que efectivamente estos factores se han instalado en el Perú; pero de una manera defectiva. Lo que es peor aún, para lograrlo no se escatimó el uso de modos excluyentes, instrumentalistas y totalitarios, frente a los otros discursos, no liberales, no “científicos”, no europeizantes.

Palabras clave: modernidad, racionalidad, política económica.

* Víctor Carranza, es economista, Magíster en Sociología y Candidato a Doctor en Ciencias Sociales. Actualmente se desempeña como docente de la Facultad de Ingeniería Económica de la UNI y como Presidente (e) del Consejo Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación Tecnológica (CONCYTEC).

La modernidad en el Perú es un discurso de vieja data. José Ignacio López Soria ha explicado los avatares de los intelectuales de fines del siglo XVII para fijar en el espacio colonial peruano las ideas fuerza de la emancipación e ilustración tan caras a la modernidad europea. Su interés era producir un paradigma racional de la sociedad que justifique la existencia de la burguesía¹.

Pero este intento era una paradoja: no existía la burguesía para la cual se estaban produciendo, desde la ideología, las armas de combate contra las trabas del despotismo feudal. Lo que sí estaba en juego, cuando los redactores del *Mercurio Peruano* exigían la libre competencia y el liberalismo, era la independencia del pensamiento tan necesaria para su trabajo intelectual. La modernidad peruana, de esa manera, nace en la supraestructura y tendrá que pasar un siglo para que el presidente Leguía (1919 – 1930), la perfile, mediatizada, sólo en una propuesta de modernización del Estado que no pudo evitar que el Perú siguiera siendo un país agrario en el que la hacienda tradicional –donde predominaba la servidumbre sobre la población indígena y la precaria productividad– permitía explicar, en gran parte, la sociedad de entonces. La comprensión de que la modernidad no sería posible si no se superaba la dimensión oligárquica en la que se asentaban hizo que se gestaran propuestas alternativas entre las que destacan las de Víctor Raúl Haya de la Torre y de José Carlos Mariátegui.

Los resultados de las acciones modernizantes por los gobiernos fueron pobres: la semifeudalidad se mantendrá hasta 1969, año en que la reforma agraria abre el mercado interno a la parasitaria burguesía peruana. Contrariamente a sus intereses, ella no sólo renunciará a empoderarse en este mercado interno ofrecido por los militares reformistas, sino que renunciará, en la Constitución fujimorista, a construir un Estado nacional. De esa manera se establece un vínculo orgánico entre esta Constitución (1993), el libro *Le Pérou contemporain (1907)*² y el viejo manejo criollo de la economía y la política que, desde la fundación de la República, bloquea la soberanía y la acumulación endógena.

Durante los gobiernos de Fujimori (1990-2000), de Toledo (2001-2006), y de Alan García (2006-2011) la compulsiva estabilización y transnacionaron la lógica de acumulación, las formas de producción y la institucionalidad internas con tal velocidad y magnitud que facilitaron la preeminencia del paradigma liberal adoptado sin reservas, entre otros, por Hernando de Soto, Felipe Ortiz de Zevallos y Richard Webb sobre los discursos nacionalistas y/o socializantes de Oscar

¹ José Ignacio López Soria. “Adiós al proyecto moderno” En *Fascinados y desencantados. La postmodernidad desde el Perú*. Manuel Castillo y Víctor Carranza (editores). Lima: Universidad Ricardo Palma, 2003.

² Obra escrita por Francisco García Calderón que reflejaba las ideas elitistas y conservadoras de la oligarquía peruana de su tiempo.

Ugarteche, Humberto Campodónico, Javier Iguíñiz, Pedro Francke, Carlos Amat y León, Virgilio Roel, Jürgen Schuldt, Efraín Gonzales de Olarte, entre otros.

Es reveladora, por ello, la interpretación que daba Carlos Bologna a este período: “es el triunfo de la economía sobre la política”. Para que no quede duda de sus intenciones como operador del fujimorismo escribe: “Existe la necesidad de contrarrestar la influencia de los intelectuales desactualizados y propensos a favorecer el aumento de poder en detrimento de las libertades personales”³.

Sublimando la estela de declinación del keynesianismo y de la teoría del desarrollo, y sobreestimando el crecimiento promedio de 7.5% anual de la economía peruana durante el último quinquenio, algunos intelectuales se han inclinado por la ortodoxia neoliberal; aunque la mayoría de ellos no se permite abrigar ilusiones: no olvidan que irónicamente fue Friedman quien sostuvo que la mayoría de los hombres de negocios no creen realmente en la libre empresa. Flavio Gerbolini, destacado empresario textil, advierte sobre los peligros de las políticas económicas que se inspiran en la escuela de pensamiento neoclásico monetarista y lamenta que la menor inflación registrada durante el régimen de Fujimori se haya obtenido a expensas de innecesarios daños inferidos al aparato productivo y a la tasa de empleo, incrementando el déficit de la balanza comercial y el deterioro en la calidad de vida de la población⁴.

Pero, mientras las carencias del mercado y del Estado impulsan una nueva agenda para los organismos internacionales (FMI, BM, BID), en nosotros crece, entre bambalinas, la disputa entre los neoliberales que asocian la estabilización a políticas de ajuste y los neoclásicos que persiguen el desarrollo a través de cambios tecnológicos, educativos e inversión social.

Frente a la expansión de la ideología liberal (un mérito indudable de Mario Vargas Llosa), la defensa del pensamiento económico marxista pasó de un inicial desconcierto a un repliegue estratégico. Concientes de manejar una teoría poco instrumentalizada, desde el punto de vista analítico para los nuevos tiempos, algunos intelectuales variaron hacia el escepticismo mientras otros se mimetizaban en propuestas híbridas: “economía solidaria” o “economía de responsabilidad social”.

La mayoría de nuestros intelectuales se ha refugiado sólo en la crítica a los desempeños de la gestión neoliberal, denunciando a las clases propietarias que asientan su crecimiento en la pauperización del país y en la enajenación de los recursos naturales. Advierten que nuestros burgueses ni siquiera son líderes de una propuesta capitalista moderna, ni de sus valores: cuando no reproducen su patrón rentista, vía la especulación inmobiliaria y financiera, actúan como peces

³ Carlos Bologna. *Cambio de rumbo*. Lima: Instituto de Economía de Libre Mercado. 1993, p.180.

⁴ Flavio Gerbolini. *Teoría económica, empresa y desarrollo*. Lima, 1995.

guías: atraen a los tiburones hacia sus presas para quedarse con el despojo. Por otra parte, denuncian al Estado “moderno” que refuerza su papel “estabilizador” haciendo gala de una creciente irracionalidad que favorece básicamente a las clases propietarias.

Pero, incluso en este escenario, son los representantes políticos de las clases propietarias quienes tienen la iniciativa en la conducción del debate. Tipificados por Alan García como víctimas del síndrome del perro del hortelano⁵ nuestra intelectualidad marxista, reconociendo una amplia discordancia entre la praxis económica y la construcción de modelos alternativos en el plano ideológico, termina parapléjica frente a las realidades sociales que le corresponde entender y transformar. Son pocos los que producen interpretaciones orgánicas a la difícil situación de las mayorías a las que la voracidad transnacional (enmascarada como eficiencia tecnológica) hace sentirse parias en su propio país, y a la dinámica globalizadora que instala en cada individuo, en términos de Camus, la impotencia de su libertad.

El desconcierto no es menor en los intelectuales que defienden los presupuestos teóricos de la tradición y que, a diferencia de los marxistas, se mantienen firmes en la defensa de las culturas indígenas. Los miembros del Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas - PRATEC⁶, en oposición a la tendencia modernizante de Occidente y también en oposición sistémica a la cultura occidental, mantienen una lectura esencial de los hechos económicos: advierten que el afán de productividad llevó a la creación de campos de concentración, y que la economía sólo es legítima si no se hace de ella una segunda naturaleza. Jorge Ichizawa, uno de sus dirigentes, en lo que constituye una denuncia abierta contra los negociadores del Tratado de Libre Comercio con EE.UU., sostiene: “Las semillas son bienes no transables”. Su crítica, como la de todos los que defienden la tradición, está dirigida a evitar que la economía sea explicada como un sector externo a la cultura (a la que no se puede mandar sino obedeciéndola).

Tanto para la justificación como para la crítica de la mundialización del capitalismo, la teoría económica no puede evitar, en nosotros, que las categorías de propiedad y de poder y sus consecuencias sobre las estructuras de producción y distribución del ingreso, se entiendan como procesos de una economía política que, en mérito a toda honradez intelectual, deberá explicar los actuales conflictos sociales, así como sus futuros escenarios en los que el campo de la economía ofrece oportunidades para un mayor proceso de individuación de los actores so-

⁵ Alan García. “El síndrome del perro del hortelano”. Diario El Comercio, Lima, diciembre de 2007.

⁶ El Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas - PRATEC, se define como una organización no gubernamental constituida por profesionales dedicados a la formación, investigación y difusión de la sabiduría de nuestros pueblos.

ciales; pero estas oportunidades podrían transformarse en amenazas para estos mismos actores si no se cambian los patrones neoliberales de inserción acrítica en el proceso de globalización en curso, expresado en un orden económico aún no inclusivo que tiende a incubar el mayor dinamismo de la violencia simbólica. Contrastando, en la situación peruana, la argumentación de Adam Smith referida a explicar la riqueza de las naciones modernas en la contradicción de los vicios privados del capitalista (egoísmo, lucro, etc) con sus “virtudes públicas” (innovación, oferta de empleo, etc.), señalamos que nuestros capitalistas hacen gala, más bien, de una extrema riqueza de “vicios públicos”.

Trampas y misterios de Hernando de Soto

En su intento por develar el misterio del capital Hernando de Soto nos ofrece un libreto digno de Sherlock Holmes: las pruebas que señalan al capital (a su expansión y concentración) como culpable de que 150 personas posean el 47% de la renta mundial “resultarán” desbaratadas por él y, en un verdadero acto de magia, nos tratará de convencer que si el norteamericano promedio consume tanta energía (el indicador por excelencia del progreso occidental) como trescientos setenta y dos etíopes, ello se debe solamente al hecho de que la formalización jurídica de la propiedad está mejor implementada en su país, que en los otros.

“¿Cómo se nos puede haber escapado algo tan importante?” se pregunta De Soto (p.33). Y no cesa de sorprenderse ante este descubrimiento que ¡al fin! Develaría todo el misterio: los excluidos del poder y de la riqueza en todo el mundo lo son porque no legalizan sus propiedades con la misma facilidad con la que lo hacen los burgueses del primer mundo. De ese modo, para él, quedarían enterradas las tesis que indican que la concentración del capital implica la exclusión de las cinco sextas partes de la humanidad. Serán falsas, entonces, las expectativas de estos desposeídos de querer cambiar las reglas de juego impuestas por transnacionales, y estériles sus protestas, evidentes en las manifestaciones de Seattle o implícitas en el jubileo papal para condonar la deuda externa.

Pero, a diferencia de Sherlock Holmes, el trabajo de De Soto no es impecable. Es más bien un intento de querer pasar el empirismo por ciencia política y la técnica publicitaria por epistemología. Por eso mismo, la legalización de la propiedad es, en nuestro autor, algo más que una idea fuerza para explicar el éxito de occidente: es, sobre todo, el intento ideológico –caro a los publicistas liberales– de querer matar de un solo tiro algunas utopías y muchas verdades incómodas a las transnacionales. Pretendiendo imponer su tesis como el nuevo sentido común de occidente, De Soto da cuenta del fin de la historia. Para él, no es la cultura (y su paradigma del hombre como constructor de herramientas), no es toda la política (y su paradigma del hombre como constructor de institucio-

nes), sino sólo un aspecto de la política, la legalización de la propiedad, lo que ha levantado el escenario que permitió al pitencantropus para crear las maravillas postmodernas.

Este discurso apologético del capitalismo occidental con el que se pretende enterrar toda utopía solidaria (“tanto en los países del tercer mundo como en los que salen del comunismo”), e indicar que entre la exclusión social y las transnacionales no hay ninguna relación, no es nada nuevo. Pero no por eso dejará de ser sobrestimado por una red de publicistas y de políticos como Margaret Thatcher (que dijera un día que la sociedad no existe) inseguros de que los conflictos sociales entre poseedores y no poseedores del capital y el contrapeso cultural de lo no-occidental hayan sido totalmente derrotados. La extrema necesidad de apoyo para su proyecto “civilizador” –que muestra fisuras en todos sus flancos-, no los hace dudar a la hora de elogiar entusiasmados “este enorme libro” de un intelectual del tercer mundo.

En su primera obra *El otro sendero*, De Soto nos ofrecía la solución al problema de la pobreza, y al conflicto social implícito, vía la expansión de un capitalismo popular alentado por millones de micro empresarios informales. En ese entonces le reclamamos que no se podía hacer una transformación social apelando sólo al economicismo. Hoy, con *el misterio del capital*, le reclamamos que no se puede hacer una transformación social sólo desde un acto jurídico (la legalización de la propiedad). Le advertimos que eso es sólo parte del problema. Se requiere también de la economía y de la cultura.

De la economía, pero de aquella que no esté bajo el timón de los que han impuesto una ingeniería mundial basada en la economía especulativa: ¡sólo el 1% de las transacciones diarias en el mundo son inversiones para nueva producción, el restante 99% es especulativa! ¿Qué harían millones de peruanos con dinero en sus manos (hipotecadas sus casas) si el mercado interno es botín de las transnacionales? Enajenado el conocimiento científico y tecnológico, limitada su productividad, ¿serán competitivos estos microcapitalista? Al final, terminarán convirtiendo su dinero en baratijas, trabajando para un fin estratégico (la reproducción del gran capital) que no les pertenece, peleando como ambulantes, por un metro cuadrado en calles invadidas por mercaderías “made in Taiwán” y ampliando con ello no la producción industrial capitalista del país, sino el ejército de parias del capital (entendido éste como relación social entre sus poseedores y los que carecen de él) cuya ilusión de apropiarse de su misterio (alentada por un aprendiz de brujo), podría terminar como terminan los talk show de Laura Bozzo: sin felicidad ni decoro. Y probablemente sin vivienda.

Y es que los argumentos de Hernando de Soto se impone una visión legalista (formalidad–informalidad) de la economía peruana y la sublimación del rol transformador, bastante esquemático de los informales. Su entusiasmo por la

iniciativa privada de origen popular no parece tener límites. Y en esto se parece a Proudon, el cual consideraba como la mejor salida a la condición expoliadora de la gran propiedad, la extensión de la propiedad “sin sus taras, sin sus robos”. ¿No es ésta acaso, tal como señalaba Marx una forma oportunista de pretender suprimir la alineación del “no tener” de los desposeídos, mediante la ilusión del desarrollo generalizado de la posesión?

La argumentación economicista de *El otro sendero*, como la legalista de *El misterio del capital* empobrecen la propuesta de Hernando de Soto en una fórmula ya manida: cuando busca al hombre no llega sino al burgués. Si el economicismo es falso porque hace de la explotación determinado resultado y solamente eso, el legalismo será un artificio si no está anclado en la confianza que nazca de un pacto social recreador de la equidad y solidaridad entre criollos, ingas y mandingas.

Al obviar los horizontes culturales de los agentes económicos, el “mercado liberador” que ofrece De Soto se convierte en un nuevo mecanismo extirpador de idolatrías. En esta oferta, no obstante su soberbia con las que pretende enterrar la cultura. De Soto tropieza en todos los sentidos. En la página 30 anota: “Sugerir que el factor cultural subyace al éxito en lugares tan disímiles como Japón, Suiza o California y que la cultura a su vez da cuenta de la pobreza relativa de lugares tan disímiles como China, Estonia o Baja California es peor que inhumano: es inconvicente”. Esta es una frase temeraria (no sólo porque intenta quebrar nuestra convicción de que no hay nada peor que lo inhumano), sino porque argumenta a la ligera el valor de la cultura: la convierte en un fetiche y atacando a este fetiche –creado por él mismo–, llega a creer que, además de desprestigiarla, ha logrado sacar a la cultura de la dimensión económica o política de toda acción social. En ese ingenuo juego de espejos cabe su pregunta (p. 248): “Piense en Bill Gates, el más exitoso y rico empresario del mundo. Aparte de su genio personal, ¿cuánto de su éxito se debe a sus antecedentes culturales y a su ética protestante? ¿Y cuánto se debe al sistema de propiedad legal de los Estados Unidos?”.

La pregunta es en sí misma una tautología. Podríamos contestarle en su mismo estilo genérico que todo lo que no conserva su condición natural es ya un producto cultural. Pero preferimos puntualizar: el genio personal de Bill Gates (que no es poca cosa), sí está marcado en sus antecedentes culturales: en el aprestamiento cultural en su infancia, en su educación familiar y escolarizada, en el elevado nivel del conocimiento científico y tecnológico y en el gran prestigio social de la ciencia en su país, en fin, en los valores que el individuo Bill Gates se da para sí y para su vida. Por supuesto que, el sistema legal es importante; pero éste para no devenir en una entelequia, no puede ignorar el hecho de que la tecnología del software que le permite a Bill Gates expresar la razón instrumental como pasión personal se explica en una sociedad cuya cultura dominante se asienta –como advierte Hopenhayn– sobre dos ejes: tecnificación y privatización exhaustivas.

Las formas del Derecho expresan también las formas culturales de los pueblos: la guillotina no se hizo para estudiar la caída libre de los cuerpos: correspondía a una organización de la ley en determinada fase cultural de la burguesía francesa (su valoración de la vida y de la muerte, entre otros aspectos), y del empeño que tuvieron en defender su nuevo orden económico. La economía y la política alcanzan, entonces, su verdadero sentido desde los lazos culturales que les dan forma. Es en esa perspectiva que Touraine señala que el sistema de los actores y el sistema de la acción tienen el mismo estatuto teórico y son inseparables, como son inseparables un modelo cultural y un tipo de acumulación.

La intención de Hernando de Soto manifiesta en la tesis: El éxito del burgués no depende de sus antecedentes culturales, no está direccionada sólo a subestimar la cultura. Está relacionada, sobre todo, el hecho de vendernos la idea de que ser burgués es —en sí mismo— sinónimo de éxito. Y que si la cultura estorba a esta idea del éxito hay que desecharla. A contracorriente de esta posición Habermas ha insistido con bastante acierto que el proyecto civilizatorio del capitalismo tardío cojea por cuanto, independientemente de su focalizado crecimiento económico (más son los excluidos) y de su relativa estabilidad política, no otorga a sus actores el sentido motivante de la acción cultural. Es decir, los horizontes de vida generados, según Heidegger, en la cultura aparecen desdibujados y alienados en el hombre moderno. La economía política del poder capitalista habría creado entonces una jaula de hierro (y no una campana de vidrio) que amenaza la convivencia humana y la sobrevivencia de su especie.

Pero si declaramos “inconvincente” la argumentación de Hernando de Soto no podemos negarle su astucia: su verdadera intención es encapsular al movimiento popular y contener la crisis social, cuyas causas profundas se esmera en ignorar. Es su astucia también la que lo lleva a producir escenarios ideales que no tienen nada que envidiar al que elaboró el rey Canuto para dominar las mareas.

Su fracaso no dependerá sólo de la debilidad de sus argumentos (irónicamente es nada menos Friedman quien sostiene que la mayoría de los hombres de negocios no creen realmente en la libre empresa) sino de la extraordinaria defensa de la cultura que caracteriza a la producción intelectual de occidente de hoy día (Bauman, Bourdieu, Touraine, Giddens, Habermas, Shultz, entre otros), que al haber puesto bajo sospecha a la sociedad moderna, lo ha hecho también con su utopía fundante: el mercado. Hoy muchos dudan de aquella mano misteriosa (el mercado) que consagraba una integración sistémica entre la economía y el poder político y que asignaba recursos con tanto mayor eficiencia cuanto más se obviarían las pertenencias culturales de sus miembros. Empinándose sobre esta sospecha, lo mejor del pensamiento moderno nos advierte que lo importante en el mundo de la vida, no es la objetividad, ni la subjetividad, sino la intersubjetividad. Y que ésta libra sus mejores batallas en el campo de la cultura.

La apuesta de De Soto por el capitalismo popular no es inocente. Desde 1986 en que publica *El otro sendero* nuestro autor había ya cargado los dados. De eso se había dado cuenta Alberto Flores Galindo cuando advierte que una ideología como la contenida en ese libro no podía sustentarse en los viejos partidos políticos sino directamente en el movimiento social. “Los partidos tradicionales cargan inevitablemente con ese peso del que Hernando de Soto quiere deshacerse imaginariamente”, subraya Flores Galindo. Y añade: “El porvenir de una ideología es muy pobre si sólo se convierte en un libro”. Flores Galindo tuvo razón: De Soto, enganchado al éxito editorial de *El misterio del capital* lideró una opción política, “Capital popular”, para jugar al poder. Lo que él no dijo en su campaña es que lo que ambicionaba no era sólo un título legal de propietario del poder, sino el título social de todo el poder que le permita expresar los intereses de la clase burguesa transnacional frente a otras clases y a otros grupos sociales del país cuya sobrevivencia está en juego.

Esta apuesta de De Soto por una razón ordenante —calificada por Weber de razón instrumental— que se propone anular los matices de la economía y de la cultura en nombre de la totalidad occidental es, indudablemente, una razón totalizante.

¿Podemos criticar a la razón instrumental? “Sí —afirmaba Adorno— razonando”. Es decir apelando a lo mejor del pensamiento universal, evitando que el sentido común de occidente nos colonice, negándonos a que sea la especialización la única forma de administrar el saber moderno, superando la tentación de la uniformidad más extrema (el poner todos los huevos en una misma canasta) y asegurándonos de que la agenda mundial de las transnacionales no pueda disimularse tras de sus leyes y la organización social que ha establecido. Creemos el escenario que no sólo denuncie el orden totalitario oculto tras la globalización sino también obliguémosle a luchar, reprimir y debatirse en un universo humanizado por la acción social y cultural, con la que los pueblos nos recuerdan que el hombre es el porvenir del hombre.

Bibliografía

ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas, Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.

BOLOGNA, Carlos. *Cambio de rumbo*. Lima: Instituto de Economía de Libre Mercado, 1993.

BOURDIEU, Pierre: *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*. Barcelona: Anagrama, 1999.

- CARRANZA, Víctor. *Globalización y crisis social en el Perú*. Lima: Instituto Fránces de Estudios Andinos/ Universidad Ricardo Palma, 1999.
- CASTILLO, Manuel y CARRANZA, Víctor. (Editores) *Desencantados y fascinados. La postmodernidad desde el Perú*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 2002.
- DAMMERT, Manuel. *Desborde territorial descentralista*. Lima: 1999.
- DE BOUVAIRE, S. *El pensamiento político de la derecha*. Buenos Aires: Losada, 1972.
- O, Hernando.
- *El misterio del capital*. Lima: El Comercio, 2000.
- *El otro sendero: La revolución informal*. Lima: Instituto Libertad y Democracia, 1986.
- FLORES GALINDO, Alberto. *Buscando un Inca*. Obras Completas Tomo III, Lima: SUR, 2005.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. *La globalización imaginada*. Buenos Aires: 1999.
- GARCÍA NÚÑEZ, Gonzalo. *Perú: la visión de los peruanos excluidos: balance y perspectivas 1950-1995*. Lima: Mosca Azul, 1995.
- HOPENHAYN, Martín. *Ni apocalípticos ni integrados: aventuras de la modernidad en América Latina*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- LÓPEZ SORIA, José Ignacio. "Adiós al proyecto moderno", en *Fascinados y desencantados. La postmodernidad desde el Perú*. Manuel Castillo y Víctor Carranza, (editores). Lima: Universidad Ricardo Palma, 2003.
- MATOS MAR, José. *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1984.
- QUIJANO, Aníbal. "La colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Edgardo Lander (compilador). Buenos Aires: CLACSO, 2000.
- RAMOS, Gerardo. *Una visión alternativa del Perú*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 2001.
- RIVERO, Oswaldo. *El mito del desarrollo. Los países inviables en el siglo XXI*. Lima: Fondo de Cultura Económica, 2001.

Víctor Carranza

SAGASTI, Francisco. "Política científica y tecnológica en el Perú: los últimos 30 años". En *Tecnología y Sociedad*, N° 3. Lima: 1995.

TOURAINE, Alain. *¿Cómo salir del liberalismo?* Barcelona: Paidós, 1999.

VARGAS LLOSA, Mario. *El pez en el agua*. Lima: Alfaguara, 2005.

VÉLEZ, Odette y JACOBS, Mónica. *Ética y política. El arte de vivir y convivir*. Lima: UPC, 2000.

WEBB, Richard. *Una economía muy peruana*. Lima: Ediciones del Congreso de la República, 2000.